

Desde la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas y, en especial, desde los estudios de Comunicación, la petición de que D. Joaquín Navarro-Valls se incorpore al elenco de miembros más ilustres de nuestra Universidad tiene su fundamento en la savia que alimenta la labor universitaria y la tarea periodística.

La esencia del quehacer universitario es el estudio, el debate y el análisis, inseparables, que no supeditados, a la praxis en cada disciplina. Son trabajos que responden al afán por desentrañar la realidad que nos circunda sin ceder a la comodidad de lo aparente.

Por su parte, el objetivo del trabajo periodístico es la reflexión y la narración del presente, pero su razón de ser, de nuevo, es el intento por entender, y hacer entender, las claves de la actualidad, aunque ello suponga denunciar lo que ésta tiene de simulacro.

Y es ahí, en ese punto de convergencia, donde emerge la figura de D. Joaquín Navarro-Valls: en el esfuerzo por lograr que la realidad no quede oculta tras las ficciones interesadas, desenmascarándolas con información y transparencia.

D. Joaquín Navarro-Valls ha dedicado su vida a la medicina y al periodismo. Ambas son sus dos grandes vocaciones, pues, tras su paso por la “Deutsche Schule”, escogió la Medicina para comenzar sus estudios superiores en Granada y Barcelona y se licenció en 1961; posteriormente, optó por el Periodismo y las Ciencias de la Comunicación en las que obtuvo su Licenciatura en la Universidad de Navarra.

Ambas disciplinas no parecen tener relación directa, pero cuando se ahonda en las opciones vitales del Sr. Navarro-Valls se descubre esa hilazón en el interés por conocer lo profundo del misterio humano. Prueba de ello son sus 14 años de ejercicio médico y, sobre todo, el ámbito que le interesó para sus estudios de Doctorado, la psiquiatría.

El intento por profundizar en los complejos mecanismos de la mente humana explica el principal eje vertebrador de toda su trayectoria que es la lucha, sin descanso, contra todo prejuicio y contra su pernicioso influjo en nuestro entorno. Tarea propia del universitario; tensión lógica del periodista y reto actual, para la Fe sólida, aquella que ilumina pero no anula a la Razón.

La trayectoria periodística del Sr. Navarro-Valls está repleta de esfuerzos por ampliar horizontes: por una parte, sus horizontes de interés, pues, aunque se ha dedicado durante la mayor parte de su vida al periodismo, no ha abandonado nunca su pasión por la medicina y, además, ha dejado que ambas vocaciones interactuaran. Así podía afirmar el periódico *La Repubblica* el pasado 2 de abril que “*Navarro-Valls siempre ha respetado su propio código profesional y humano*”, refiriéndose al modo de ofrecer información sobre la situación clínica del Santo Padre en horas tan difíciles.

Ese equilibrio entre lo profesional y lo humano lo ejemplifica D. Joaquín Navarro-Valls. Él representa lo que procura nuestra Universidad para sus titulados, esto es, un desarrollo profesional plenamente humanista, o lo que es lo mismo, que pone al ser humano en el centro de su tarea, sea periodística, médica o de otro tipo. Así nos lo enseña la Iglesia, volcada en la defensa de todo ser humano y del respeto irrenunciable a su dignidad.

En la trayectoria del Sr. Navarro-Valls, también hay una constante ampliación de sus horizontes físicos que, desde su Cartagena natal, le llevaron, en su etapa de estudio, a otras ciudades españolas y, en su etapa profesional, a otros países, como corresponsal en el extranjero, para la Revista *Nuestro Tiempo* y más tarde para el diario *ABC* en Italia y el Mediterráneo Oriental y, también, como enviado especial, en los países del África Ecuatorial, Japón y Filipinas. Después, con Juan Pablo II, la línea del horizonte dejará de ser un límite y se convertirá, simplemente, en compañera de viaje.

Durante todo ese tiempo, su trabajo cuidado y su exquisitez profesional ya fueron reconocidas por sus propios compañeros quienes, a comienzos de los 80, le eligieron Presidente de la Asociación de la Prensa Extranjera en Italia. Ocurrió en dos ocasiones pero, en la segunda tuvo que dejarlo porque, recién elegido, en 1984, recibió el encargo de ser Director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede de manos de Juan Pablo II.

Como suele ocurrir con los grandes hombres y mujeres, sus mejores hazañas, las realmente valiosas para el resto de la Humanidad, pueden contarse con pocas palabras. Será, quizás, porque las nimiedades cotidianas hay que acompañarlas de mucha retórica para evitar el riesgo de que parezcan nimiedades.

Ese dato que se acaba de mencionar -su trabajo al frente de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, durante más de 20 años con Juan Pablo II- no ocupa más que una línea en su *curriculum*. Y, sin embargo, seguro que en su corazón rebosa. Y también en la gratitud de la Iglesia.

Se cumple, así, lo que lamentaba la poetisa polaca Wislawa Szymborska cuando decía que un *curriculum* no habla del “yo” sino del “yo” que cabe en un *curriculum*, porque al redactarlo, dicen sus versos, hay que *“cambiar paisajes/por direcciones/y recuerdos borrosos/por fechas fijas”*.

En el corazón quedarán los paisajes que, para quienes no los vieron, solo son un dónde y un cuándo. Quedarán las palabras, los gestos o las miradas que le dedicó el Papa y que, para quienes no estuvieron allí, solo son un relato de anécdotas enternedoras. Lo esencial ni se puede glosar ni probablemente el protagonista pueda trasladarlo a palabras.

No obstante, intentaremos describir lo que ese núcleo candente ha provocado en el exterior a veces con verdaderos efectos sísmicos teniendo en cuenta, eso sí, que su dimensión real no la da el aplauso del mundo sino otro muy distinto. Ya lo advertía San Josemaría Escrivá de Balaguer cuando decía que *“cualquier actividad —sea o no humanamente muy importante— ha de convertirse (...) en un medio de servir al Señor y a los hombres: ahí está —decía él— la verdadera dimensión de su importancia”*.

En efecto. La presencia de D. Joaquín Navarro-Valls en la Dirección de la Oficina de Prensa de la Santa Sede ha sido y es un inmenso servicio a la Comunicación Institucional y al Periodismo, especialmente católicos, pero, por encima de todo, un doble servicio a la Iglesia.

“Doble”, porque se puede evaluar tanto en clave técnica como en clave apostólica. Desde el punto de vista técnico, el diseño y la aplicación de una política de Comunicación Institucional verdaderamente profesional, dirigida por periodistas para periodistas, coordinada y global, supone introducir a la Iglesia, en términos comunicativos, en el Tercer Milenio; pero supone también, en términos apostólicos, ayudar a que la Iglesia ocupe su lugar en el escenario público, sin miedos, a través de las formas y lenguajes contemporáneos. Es la estrategia más eficaz de diluir prejuicios hacia la Iglesia cultivados, muchas veces, en el desconocimiento de su realidad.

Ahora bien, esa disposición a hacer presente a la Iglesia en la opinión pública no nace de la prevención sino del aprecio por el trabajo de los periodistas y del importante

papel de los medios de comunicación. Es la lucha contra los prejuicios, en este caso hacia la comunicación social, que a veces se han instalado en la Iglesia y que hoy están en las antípodas del Decreto conciliar *Inter Mirifica* y del Magisterio Pontificio, especialmente el de Juan Pablo II pues durante su Pontificado ha nacido la “sociedad de la información”.

En numerosas ocasiones, Juan Pablo II asoció el esfuerzo en este campo con el realizado en otro tiempo por San Pablo, Patrón de la Asociación Católica de Propagandistas, institución que alienta la vida de nuestra Universidad. Decía el Papa en la *Redemptoris Missio*: “Pablo, después de haber predicado en numerosos lugares, una vez llegado a Atenas se dirige al areópago donde anuncia el Evangelio usando un lenguaje adecuado y comprensible en aquel ambiente (cf. Act 17, 22-31). Y añadía el Papa: “*El primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación*”.

Esa libertad, para alzar la voz donde era necesario, ha sido materializada por D. Joaquín Navarro-Valls, al estilo de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, es decir, sin altivez pero con seguridad. Así lo ha hecho en diferentes libros: “La manipulación publicitaria”; “La familia y el mundo actual”, “La familia y la educación” y “Fumata Blanca”, publicados en los 70, cuando su tarea le permitía poner por escrito sus reflexiones. En su etapa de Portavoz de la Santa Sede, sin embargo, el volumen ingente de trabajo y la actividad dentro y fuera de Roma le han obligado a cambiar el papel y los libros por la voz y el estrado, pero no por ello ha renunciado a seguir defendiendo la posición de la Iglesia aún a riesgo de ser políticamente incorrecto, como en las Conferencias Internacionales de la ONU en El Cairo, Copenhague, Pekín y Estambul.

Esa libertad acompañada de un trabajo bien hecho produce la admiración de los pares, como demuestra, en este caso, la relación de premios recibidos:

- El Premio "Leader d'Opinione", Italia 1980;
- El Premio "Gargano" y el Premio "Calabria" per il Giornalismo estero Italia 1984;
- El Premio "Ischia" al periodismo internacional y el Premio de la Asociación de la Prensa de Murcia "Laurel 1985"
- El Premio “Comunicatore dell’anno 1997”, Napoles;
- El Premio Internacional de Periodismo “Maia”, Italia, 1999;
- el Premio “Gran Crisol 2000”, España.
- Y en 2005, el Premio “Penna d’Oro” en San Remo; el Premio Ernest Hemingway en Sabbadoro y, el Premio Barocco de la República Italiana y el Premio “Saint-

Vincent de periodismo”, recibido hace solo unos días de manos del Presidente Ciampi.

Ahora bien, la prueba de que las implicaciones de su labor superan con mucho el ámbito periodístico es la relación de reconocimientos internacionales que le han sido concedidos:

- Grosse Silberne Ehrenzeichen für Verdiente um die Republik Österreich, Austria 1987;
- Comendador de la Orden de la Estrella Polar, Suecia, 1992;
- Gran Oficial de la Orden "Bernardo O'Higgins", República de Chile, y Gran Oficial de la Orden al Mérito de la República Italiana, 1993;
- Gran Cruz de la Orden Nacional al Mérito, Paraguay, 1995;
- Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil, España y Gran Oficial de la Orden del Libertador San Martín, Argentina, 1997;
- Caballero de Gran Cruz de la Orden de S. Gregorio Magno, Ciudad del Vaticano y Gran Cruz de Isabel la Católica, España, 2003.

Pero más allá de los reconocimientos externos, hay uno que todo periodista desea y que difícilmente recupera si lo pierde: es la credibilidad. Ésa es la corona de laurel para un periodista.

La credibilidad de un portavoz nace del empeño por mostrar lo que es y no lo que le gustaría que fuera. Eso significa no distorsionar la realidad para usarla en beneficio de la Institución, pues no solo sería un error táctico sino, sobre todo, una quiebra moral ya que nunca la imagen pública de la Iglesia puede ser un bien máspreciado que el servicio al Evangelio y, por tanto, a la Verdad.

Así lo entendió también el gran renovador del periodismo católico español, el Siervo de Dios Ángel Herrera Oria, primer presidente de la Asociación Católica de Propagandistas y de quien toma su nombre nuestra Universidad.

Ángel Herrera fue un adelantado a su tiempo no sólo en la defensa de un apostolado moderno sino también en el desarrollo de un nuevo periodismo católico. Su concepción del periodismo católico era innovadora porque, al igual que D. Joaquín Navarro-Valls, no entendía su servicio a la Iglesia como la defensa de unos intereses de grupo sino como la búsqueda del bien común, iluminando las realidades temporales a la luz del Magisterio. Eso hizo como director del diario *El Debate* y desde su *Escuela de*

Periodismo, pionera en España y de la que nuestra Facultad se siente heredera. En la *Escuela*, los periodistas aprendían que el enfoque editorial de *El Debate* estaba marcado por las directrices de la DSI pero que la información venía pautada por los criterios periodísticos más rigurosos.

Esa visión del periodismo católico es la que explica la propuesta de que D. Joaquín Navarro-Valls sea investido Doctor *Honoris Causa* por esta Universidad pues ha impulsado, en la Oficina de Prensa de la Santa Sede, los principios que defendía Ángel Herrera Oria. Ha materializado, en la Sede Apostólica, su mismo ánimo de rigor, profesionalidad, accesibilidad a los datos y a los protagonistas de la noticia, transparencia informativa, ausencia de complejos, formación universitaria y sólida del informador católico, respeto y aprecio por la tarea periodística bien hecha.

Y, por encima de todo, la convicción de que el mejor servicio a la Iglesia de un periodista católico, como el de un universitario católico, no es confundir el estrado de su profesión con un espacio catequético sino ser profesionalmente impecable, en primer lugar. Es lo que Ángel Herrera quería decir con la célebre distinción entre el sustantivo y el adjetivo en la expresión “periódico católico”. Así, el mejor periódico católico ha de ser, ante todo, un excelente periódico, pues flaco favor se hace a la Iglesia cuando lo católico sirve para disimular la falta de solidez académica o profesional.

El Sr. Navarro-Valls, este *desfacedor* de prejuicios, ha contribuido a desvelar, desde la excelencia periodística, el verdadero rostro de la Iglesia, a veces joven y alegre, y otras, enfermo y doliente. D. Joaquín Navarro-Valls nos ha invitado a verlo porque, como saben los grandes periodistas, el protagonista no es el mensajero. Al asomarnos, hemos visto a Juan Pablo, el Grande, quien, a su vez, nos ha invitado a mirar a Cristo, porque también los grandes santos saben que el protagonista no es el mensajero.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego que se otorgue y confiera al Sr. D. Joaquín Navarro-Valls, el supremo grado de Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Cardenal Herrera-CEU.

Muchas gracias